

XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, 2013.

“El desarrollismo de Franco y su influencia en la Argentina de los ‘60”.

Ferraris Salas y Maria Carolina.

Cita:

Ferraris Salas y Maria Carolina (2013). *“El desarrollismo de Franco y su influencia en la Argentina de los ‘60”*. XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-010/192>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Título: “El desarrollismo de Franco y su influencia en la Argentina de los ‘60”

Autor: Prof. Lic. María Carolina Ferraris

Pertenencia Institucional: Prof. Adjunta de la Cátedra de Historia Contemporánea.
Investigadora miembro del IMESC/IDEHESI, UNCuyo/Conicet.

Teléfono: 0261 4372730 – 0261 156 338670

E-mail: carofer05@yahoo.com

Palabras clave: Dictadura, Desarrollo, España/Argentina, Franco/Onganía.

Resumen: El presente trabajo forma parte de un proyecto más amplio que gira en torno a la realización de un estudio conectivo y comparativo que abarca dos naciones: España y Argentina, Hemos escogido como fecha inicial de los estudios los primeros años de la década del '60, puesto que constituyen el inicio de un nuevo ciclo en el modelo económico franquista, diferente del que se pretendió sostener hasta, por lo menos, mediados de la Segunda Guerra Mundial. En este sentido se completó un período de crecimiento sin precedentes en la economía española que hacia 1973/74 entró en una meseta, parte de la crisis cíclica compartida por el resto de Europa y del mundo, comúnmente conocida como “crisis del petróleo”.

Los objetivos que perseguimos con este trabajo son mostrar cómo el modelo utilizado por Franco pretendió constituir una salida diferente frente a las políticas democráticas que se consolidaron en Europa Occidental luego de la Guerra y resultó un poderoso atractivo para varios sectores dirigenciales en América Latina.

La metodología con la que trabajamos corresponde al modelo encuadrado dentro de la historiografía crítico-analítica y comparativa, a través de la cual pretendemos demostrar que en la Argentina, luego del golpe del '55 y tras los débiles intentos de retorno a una democracia – que no podía serlo plenamente con el peronismo proscripto- de las presidencias de Frondizi e Illia, la llegada al poder del general Juan Carlos Onganía.

Los resultados, como ya señalamos, consisten en avances parciales de una investigación de mayor envergadura, pero nos llevan a esbozar a modo de conclusiones provisionarias que el gobierno de Onganía significó la concreción –relativamente efímera- de un anhelo para muchos sectores, ya que parecía encarnar el ideal argentino del admirado *Caudillo* español; como Presidente de la nación lograba aunar las voluntades de gran parte del ejército, de la jerarquía de la Iglesia Católica y de algunos expertos civiles, predispuestos a convertirse en los *tecnócratas* argentinos.

Inglés:

This work is part of a broader project that revolves around a connective and comparative study covering two countries: Spain and Argentina. We started our theme in the first years of the Decade of the 60s, since they constitute the beginning of a new cycle in the economic model Franco, other than that it was intended to hold until the second world war; a period of growth unprecedented in the Spanish economy which entered into a plateau, part of the cyclical crisis shared by the rest of Europe and the world, commonly known as 'oil crisis' to 1973/74 was completed in this sense.

The model used by Franco intended to constitute a different output against democratic policies that were consolidated in Western Europe after the war and was a powerful attraction for several sectors dirigenciales in Latin America.

In Argentina, after the coup of ' 55 and after weak attempts to return to a democracy - that it could not be so fully with peronism proscribed-presidencies of Frondizi and Illia, the coming to power of general Juan Carlos Onganía meant the concretion of a yearning for many sectors. Onganía seemed to embody the Argentine ideal of the admired Spanish Caudillo; as President of the nation could unite the wishes of a large part of the army, of the hierarchy of the Catholic Church and some civilian experts, predisposed to become Argentine technocrats. This paper will discuss the conception that some soldiers were deployed on the developmental model and which, together with the *Doctrine of National Security*, would play a key role in the formation of

the mentality that pervaded to an important Argentine military sector for much of the '60s and '70s.

Key words: Dictatorship, Development, Spanish/Argentine, Franco/Onganía.

Trabajo: “El modelo de desarrollo de la España franquista y su influencia en la Argentina 1960/1973”

El presente trabajo forma parte de un proyecto más amplio que gira en torno a la realización de un estudio conectivo y comparativo que abarca dos naciones: España y Argentina. Iniciamos nuestro tema en los primeros años de la década del '60, ya que constituyen el comienzo de un nuevo ciclo en el modelo económico franquista, diferente del que se pretendió sostener hasta la Segunda Guerra Mundial; en este sentido se completó un período de crecimiento sin precedentes en la economía española que hacia 1973/74 entró en una meseta, parte de la crisis cíclica compartida por el resto de Europa y del mundo, comúnmente conocida como “crisis del petróleo”.

El modelo utilizado por Franco pretendió constituir una salida diferente frente a las políticas democráticas que se consolidaron en Europa Occidental luego de la Guerra y resultó un poderoso atractivo para varios sectores dirigenciales en América Latina.

En la Argentina, luego del golpe del '55 y tras los débiles intentos de retorno a una democracia –que no podía serlo plenamente con el peronismo proscripto- de las presidencias de Frondizi e Illia, la llegada al poder del general Juan Carlos Onganía significó la concreción de un anhelo para muchos sectores. Onganía parecía encarnar el ideal argentino del admirado *Caudillo* español; como Presidente de la nación lograba aunar las voluntades de gran parte del ejército, de la jerarquía de la Iglesia Católica y de algunos expertos civiles, predispuestos a convertirse en los *tecnócratas* argentinos.

- ¿Cómo influyó el modelo español sobre algunos actores decisivos en la Argentina? En este punto se pretende analizar la plataforma previa existente entre algunas élites dirigentes en nuestro país.

- ¿Qué fobias y mitos exacerbaban un microclima de miedos preexistentes y cómo influyó en la toma de decisiones? ¿Cómo se reflejó esto en las políticas económicas? Teniendo en cuenta que al clásico *enemigo* de Occidente, el Comunismo, en la Argentina se sumaba otro de mayor peso: el Peronismo.

- ¿A través de qué recursos –humanos y materiales- se intentó imponer en nuestro país un modelo económico desarrollista y cuáles fueron sus resultados?

En este trabajo analizaremos la concepción que algunos militares y civiles desplegaron sobre el modelo desarrollista y que, junto a la *Doctrina de la Seguridad Nacional*, desempeñarían un rol clave en la conformación de la mentalidad que impregnó a un importante sector cívico-militar argentino durante buena parte de los años '60 y los '70.

El caso argentino

1. La impronta de las teorías del desarrollo en intentos democráticos:

Luego del derrocamiento de Perón en septiembre de 1955, mediante la acción de la autodenominada *Revolución Libertadora*, e instalado el Gobierno Provisional con el General Lonardi como cabeza ejecutiva del mismo, se retomó el debate sobre el desarrollo económico de la Argentina. El prestigioso economista Raúl Prebisch había sido invitado a colaborar como asesor con el nuevo gobierno por lo que elaboró y entregó en octubre, un informe en el que, mediante un diagnóstico sobre el estado de la economía argentina, hacía recomendaciones de medidas urgentes. El documento, conocido desde entonces popularmente como “Plan Prebisch” –pese a los repetidos esfuerzos del propio autor por aclarar que sólo se trataba de un planteo previo y que el plan vendría después- se convirtió en el eje de un encendido debate; comenzando con la frase “La Argentina atraviesa por la crisis más aguda de su desarrollo económico”¹, hacía un balance sumamente negativo de la herencia económica recibida del peronismo, señalando varios sectores (como el de la energía o el sistema ferroviario) donde la situación era juzgada como apremiante y obligaba a tomar medidas sin demoras. Aconsejaba estimular la actividad agropecuaria, considerando que esto era esencial también para la industria, ya que una fuerte producción rural proveería a la actividad manufacturera local de las

¹ Altamirano, 2001. p.51

divisas necesarias para adquirir los equipos, las materias primas y los combustibles que su desarrollo requería y aún no podían generarse en el país.

Las críticas contra Prebisch y su informe se levantaron de inmediato, -tanto desde sectores nacionalistas, radicales de extracción "forjista" como peronistas- porque, aducían, las víctimas principales de las medidas aconsejadas por el informe, serían los trabajadores. En efecto, preconizaba soluciones de emergencia, como el reajuste en los tipos de cambios, que provocaría un alza en los precios internos y esto afectaría a artículos de consumo popular; para hacer frente a esa suba, proponía ajustes masivos de sueldos y salarios, con lo que se alentaría nuevamente la espiral de costos y precios y la inflación se llevaría el estímulo a la producción rural. Concluía con que era un precio necesario a pagar para lograr el reordenamiento económico.

En síntesis, tanto el informe Prebisch como su discusión pusieron sobre el tapete varios de los temas en torno a los cuales se alinearían las posiciones en la escena pública: las relaciones entre el país agrario y el país industrial, la función relativa del Estado y de la iniciativa privada en el desarrollo económico, el papel del capital extranjero en la economía nacional, el abastecimiento energético. Pero también se vio claramente la complicación que significaba la tarea de "desperonizar" la economía y, al mismo tiempo, asimilar a ese enorme sector de la población argentina que había puesto sus esperanzas en el líder derrocado, al que seguía siendo fiel. Ambas tareas estaban imbricadas pero a su vez comportaban una contraposición que presionaría no sólo sobre los gobiernos de la *Revolución Libertadora*, sino también sobre los que se originarían luego.

En este contexto comenzó la profundización de las ideas, las teorías, las propuestas que, sobre política económica, surgieron bajo el común denominador de economía del desarrollo o desarrollismo económico y que, si bien en sus inicios estuvieron asociadas al gobierno de Frondizi y al movimiento que orientó junto a Rogelio Frigerio, estas ideas del desarrollo fueron, en la Argentina como en otros países de América Latina, el común objetivo para múltiples análisis, argumentos y prescripciones dentro del pensamiento social y económico. Dicho de otro modo: "después de 1955 y durante los siguientes quince años, la problemática del desarrollo atrajo e inspiró a una amplia franja intelectual, tuvo más de una vez en funciones de gobierno a portavoces y expertos enrolados en algunas de sus tendencias, y sus temas hallaron adeptos entre los principales partidos políticos."²

Como ya señalamos, la asunción al gobierno nacional por parte de Arturo Frondizi en mayo de 1958, fue uno de los elementos de propagación inicial de estas teorías, pero lograron un grado de generalización y penetración mucho más abarcativo que un grupo ideológico o político particular; podemos afirmar que había un desarrollismo genérico que remitía a grupos intelectuales y políticos de variada extracción y que actuaban como focos propagadores. Estos focos estuvieron encabezados por la CEPAL³, confirmada como un centro de difusión intelectual por el grado de adhesión que concitaron algunos de sus esquemas conceptuales y tesis. Pero también lo fueron algunos procesos internacionales que reforzaron la atracción por los temas del desarrollo, como la Revolución Cubana que se presentó como un modelo alternativo para el mundo latinoamericano; como contrapartida surgió el programa de cooperación propuesto por Kennedy y conocido como *Alianza para el progreso*; también el catolicismo intentó no quedar fuera del debate, con las encíclicas de Juan XXIII, *Mater et Magistra* (1962) y *Pacem in Terris* (1963).

Otros elementos surgidos en la Argentina nos abonan sobre la importancia que adquirió el tema: en 1958 comienza a publicarse la revista *Desarrollo Económico*, que fue el principal vehículo de la literatura erudita económica sobre el desarrollo. Ese mismo año se crea en la Universidad de Buenos Aires la licenciatura en Economía y comienza en 1961 la edición de su propia revista bajo la dirección de José Luis Romero. En 1962 la revista *Criterio* consagra una serie de artículos a la CEPAL, con lo que demuestra que el pensamiento católico trata de no quedar rezagado. Finalmente, la cuestión se instala también en el Ejército y, de la mano con la doctrina de la *Seguridad Nacional*, hará fructificar en muchos el proyecto de una modernización por la vía autoritaria.

Los argumentos que compartían en general las tesis asociadas con la economía del desarrollo, más allá del objetivo de la industrialización y de las esperanzas puestas en ella como base de una economía nacional menos vulnerable a las vicisitudes del mercado internacional y como eje de una sociedad plenamente moderna, sostenían la necesidad de que

² Altamirano, 2001. p. 55.

³ CEPAL (Comisión Económica para América Latina)

la Argentina abandonara el rango de país especializado en la producción de bienes primarios y de que ese cambio no sobrevendría por evolución económica espontánea; el Estado debía ser el agente por excelencia que diese impulso a una estructura industrial integrada, así como al crecimiento económico en general. Si bien había divergencias en cuanto al alcance, la naturaleza y los campos de intervención estatal, así como en cuanto al papel y los ámbitos que se reservaban para la iniciativa privada, el criterio convergente era que la economía argentina sólo podría consolidar su movimiento de desarrollo económico mediante la participación activa del poder público.

Hasta comienzos de los años sesenta el desarrollismo en la Argentina se identificó con una alternativa gradualista, reformista y asociada con la democracia representativa. Pero a partir de mediados de esa década cobró cada vez más fuerza la idea de la modernización a través de una vía autoritaria.

La alternativa democrática desarrollista que se intentó en primera instancia fue la conformada a través del binomio Frondizi - Frigerio, quienes sumaron también el vocablo *integración* con un doble sentido: político y económico. El término integración en sentido político hacía referencia a la unidad nacional, aludiendo a la necesidad de incorporar al peronismo a la vida política legal. En el sentido económico refería a la impostergable inserción de la Argentina en un mundo que marchaba hacia la integración, para lo que debía *desarrollarse* como Nación industrial. Frondizi asumió la presidencia el 1º de mayo de 1958, recibiendo los votos de una heterogénea mayoría que incluía a la Unión Cívica Radical Intransigente como a un amplio arco procedente de posiciones que iban desde el nacionalismo al Partido Comunista; pero el caudal decisivo de sufragantes provino del peronismo proscripto, cuyo apoyo fue el fruto de un acuerdo tramitado por Frigerio con Perón. Sin embargo, esta primera experiencia de la integración y el desarrollo fue malograda antes de cumplir su cuarto año: a fines de marzo de 1962 Frondizi fue derrocado luego del jaqueo incesante de las Fuerzas Armadas que lo acusaban alternativamente de servir al juego del comunismo o del peronismo. Se sumaba el contexto internacional en el que el enfrentamiento entre los Estados Unidos y la Cuba de Castro fue el episodio latinoamericano de la Guerra Fría; el Pentágono presionaba a los ejércitos del continente para comprometerlos en la lucha contra la "subversión comunista". Los militares argentinos aceptaron pronto el desafío ya que el argumento internacional de la cuestión proporcionaba una justificación "legítima" a su lucha contra el "enemigo interno"; enemigo que, en dos modalidades, peronismo y comunismo, para ellos pronto se convirtió de una misma fuerza a combatir y destruir. Se convirtieron así en garantes del orden económico y social para lo que multiplicaron los organismos de seguridad e información con el objetivo de controlar las actividades políticas.

La asunción a la presidencia de José María Guido fue sólo un débil intento de camuflaje civil sobre una realidad nacional que estaba fuertemente condicionada por la tutela de las Fuerzas Armadas. Para empeorar la situación, el Ejército, que arrastraba discrepancias entre el "gorilismo" rabioso y los más moderados, profundizó su división entre "azules" y "colorados". Los primeros cuestionaban la ilegalidad e indisciplina fomentada por los altos mandos ultraliberales y la injerencia de la Marina en las cuestiones internas del ejército. Consideraban al peronismo como una fuerza nacional que no podía ignorarse, pese a los excesos del pasado, y lo veían como un posible bastión en contra de la subversión. Para los colorados, el peronismo era un movimiento sectario y violento que desataba el resentimiento de las masas obreras y socavaba los fundamentos de la jerarquía social. Los dos bandos protagonizaron enfrentamientos en septiembre de 1962 que finalizaron con el triunfo azul. Ese triunfo consolidó una tendencia más moderada que implementó una cierta legalidad orientada a celebrar elecciones entre marzo y junio de 1963. Se propició la organización de un Frente Nacional y Popular con la UCRI y la Democracia Cristiana, que incluyese sectores del peronismo pero dejando fuera al propio Perón. Este intento fracasó por disidencias entre los propios partidos, los sindicatos peronistas y las manifestaciones de rebeldía por parte de la Marina, encabezados por Isaac Rojas. Los militares azules renunciaron a la táctica integracionista y las elecciones de julio de 1963 se realizaron nuevamente con el peronismo proscripto que proporcionó un 19,72 % de votos en blanco. El triunfo fue para la Unión Cívica Radical del Pueblo, que obtuvo un magro 25,15 % y le siguió Unión Cívica Radical Intransigente con 16,40 % de los votos.

Con esas cifras es comprensible la debilidad con que se inició el gobierno de Arturo Illia, a lo que debe añadirse que si bien tenía mayoría en el Senado, no ocurría lo mismo en la cámara de Diputados. No resultará extraño, por tanto, que su presidencia fuera el blanco de cuantos proclamaban la necesidad de un cambio estructural imperativo. La administración del Dr. Illia

se encontró bajo una serie compleja de fuegos cruzados: por un lado el peronismo, que enfrentaba al gobierno constantemente, recordándole que su llegada al poder era fruto de una elección con proscripciones; las asociaciones empresarias y la prensa liberal la atacaban sin piedad reprochándole su indulgencia frente a la acción sindical, su adhesión al intervencionismo estatal y su nacionalismo económico. Este punto era uno de los elementos esenciales para la oposición que insistía en que la economía nacional estaba sumida en una crisis y que el gobierno no manifestaba vocación para el cambio. La opinión generalizada de que el estilo presidencial, demasiado lento, tolerante y gradualista se expresaba con vehemencia, en especial en algunos medios de prensa muy influyentes de la época, como la revista *Primera Plana*, en la que Mariano Grondona hacía escuchar su voz de esta manera:

“El gobierno del Dr. Frondizi padeció la tentación del activismo. El gobierno del Dr. Illia bordea el nihilismo. Y la Argentina herida de 1958 necesitaba cuidados y quietud, mientras la Argentina detenida de 1964 requiere inventiva y acicate.”⁴

En síntesis, la percepción generalizada de una crisis, la anomalía del sistema político, el descreimiento respecto de los partidos, la débil legitimidad del gobierno surgido de las elecciones de 1963, el malestar de la derecha social, la cuestión peronista, la lectura e interpretación que de todo ello hacían muchos ideólogos, cristalizaron en un proyecto para poner fin al orden civil, conforme a las reglas establecidas desde septiembre de 1955. Nuevamente Mariano Grondona sintetizaba esas percepciones:

“Desde septiembre de 1955 el peronismo es nuestra Argelia: un problema sin resolver que se agrava con el tiempo y frustra y compromete los esfuerzos de la Nación en todos los terrenos”⁵.

Sin embargo, si éstas eran las respuestas que daban, al menos dentro de una élite, algunos sectores civiles, otras se proporcionaban desde las Fuerzas Armadas, algunas similares a las mencionadas, algunas otras más contundentes.

Este pensamiento será expresado como uno de los tópicos del discurso que el General Juan Carlos Onganía pronunció en West Point en 1964:

(...) Contribuir activamente dentro de sus posibilidades en la cooperación con el poder civil, sin descuidar su objetivo principal, en el desarrollo económico-social del país, coadyuvando, en especial, a solucionar problemas en áreas de escaso desarrollo y a aliviar situaciones emergentes de siniestros.(...)

El plan militar general para la defensa del Continente Americano reconoce la conveniencia de propender por todos los medios posibles de (sic) elevar los niveles de vida de los pueblos con el objeto de combatir eficazmente la propaganda comunista, que trata de explotar la ignorancia y la pobreza de los ambientes subdesarrollados. (...) ⁶

Onganía no era el único preocupado por la *Seguridad Nacional* —en especial ante el *peligroso* avance del comunismo- y el *Desarrollo* del Estado Argentino —entendiendo que la *debilidad económica* de muchos sectores sociales podía ser el caldo de cultivo propicio para ese avance-; a partir de 1964 encontramos que este tema comienza a aparecer de una manera constante entre quienes desempeñaban un *rol formador* dentro de la jerarquía castrense, como lo demuestra la proliferación de artículos que, desde diversos ángulos y a través de apariencias de temáticas diferentes, varios de ellos publicaron, fundamentalmente, en libros y revistas editados por la Biblioteca del Círculo Militar de la Nación. Citaremos fragmentos que nos parecen relevantes como ejemplos de lo afirmado, en este caso se trata de uno de los libros de la prolífica obra del Coronel Granillo Fernández, quien en la Segunda Parte de “*Democracia y Comunismo*” afirma:

“19. Las naciones libres deben contribuir a la lucha anticomunista tomando medidas adecuadas que las protejan de su infección

⁴ Altamirano, p.77

⁵ Altamirano, p.79

⁶ Cisneros yEscudé, 2000 (versión digitalizada).

En la era de la “coexistencia pacífica” instaurada por la Unión Soviética bajo la inspiración de su Primer Ministro, Nikita Khrushchev, el peligro comunista en las naciones libres no se manifiesta, por lo general, en forma de una invasión armada, sino mediante la filtración en los respectivos organismos nacionales de gérmenes disolventes y anárquicos, destinados a corromper sus instituciones, a minar sus resistencias y a provocar la anarquía y el caos que las conducirán inermes a los amorosos brazos de Moscú.

(...)

Especialmente, los países democráticos tienen que adaptarse a las nuevas condiciones de lucha impuestas por la “guerra fría”. Deben resolverse a combatir al enemigo con armas similares a las que él emplea para su defensa y en sus ataques, si no desean luchar en inferioridad de condiciones y perder la guerra antes de iniciarla.

(...)

Los países democráticos deben empezar por reconocer que lo realizado hasta ahora en la lucha contra el comunismo ha dado como resultado un rotundo fracaso, pues sería insensato negar que el mundo libre ha venido, día a día, perdiendo terreno frente al avance de la doctrina y la acción comunistas, y que la causa de ello se encuentra en las armas y métodos empleados en la lucha anticomunista, así como también en las versiones deformadas de la democracia que se practica en la mayor parte de ellos, en especial en los llamados subdesarrollados y en las distorsiones y deformaciones del sistema económico-social libre.

(...) los gobiernos de países democráticos deberán poner en ejecución medidas prácticas que preserven a sus pueblos respectivos de la **infección comunista**⁷, pero también deben insistir, con la mayor perseverancia, en la tarea de elevar el nivel cultural y el standard de vida de los mismos, en la seguridad de que la ignorancia y la miseria son caldos de cultivo favorables para la siembra y proliferación de las ideas comunistas.”⁸

En ese mismo año, 1964, en el número 671 de la Revista del Círculo Militar, el Teniente General Benjamín Rattenbach, nos ofrece un interesante artículo denominado “**Sociología Militar. Nuevos aportes para su estudio**”, en el cual justifica la *necesidad de la Sociología Militar*, entre otras razones, porque:

(...) existen determinados individuos que tienen la **misión permanente**⁹ de proveerle la *seguridad contra un ataque desde el exterior* y ayudar a otros *órganos estatales a mantener el orden en el interior*. Estos individuos, conocidos con el nombre genérico de “fuerzas armadas”, se distinguen del resto de la sociedad por las características siguientes:

1. *Llevar armas*, en medio del resto de la sociedad totalmente desarmada.
2. *Usan un vestuario llamativo y uniforme*, en medio del resto de los hombres vestidos con colores opacos y según gustos variados.
3. *Conviven en grandes masas*, (...) mientras que el resto de la sociedad emplea viviendas del tipo individual o familiar.
4. *Usan normas de conducta* formales, morales y espirituales *bastante distintas* del resto de la sociedad.
5. *Actúan permanentemente en una interacción mutua*.
6. *Tienen la conciencia de pertenecer a una misma institución* y de cumplir la misma **finalidad superior social**.¹⁰

(...)

El hecho de que exista dentro del grupo social militar una relación de disciplina y obediencia entre sus componentes, no le quita su característica de grupo social, porque en cualquiera de los grupos sociales conocidos, sea en la familia, la

⁷ El subrayado es nuestro.

⁸ Granillo Fernández, febrero de 1964, pp. 151/155.

⁹ El subrayado es nuestro.

¹⁰ El subrayado es nuestro.

pandilla o el club, sea en el sindicato o el Estado, existe alguien que dirige y manda y otros que subordinan y obedecen.

(...) en las épocas pretéritas (...) hubo trabajos aislados, respecto al medio ambiente social militar. Pero lo que (...) sigue faltando aún ahora es una *ordenación sistemática* de tal clase de investigaciones y su encuadramiento en un *criterio científico*. Este es otro de los motivos que me llevó a encarar y proseguir tal clase de trabajos, hasta lograr un *criterio de orientación básico* de la sociología militar.

Por otra parte la rápida evolución que va sufriendo la humanidad en los últimos tiempos ha agregado nuevos motivos para el estudio de la materia, que pueden sintetizarse en los tres puntos siguientes:

En primer lugar, el papel notorio que van desempeñando los militares en algunos países de Occidente y Oriente, donde aparecen como “grupos de presión”, ya sea en el terreno político, ya en el económico o como factores de consolidación y modernización de naciones recientemente constituidas. (...)

En segundo lugar, por la aparición de una nueva forma de guerra, verdaderamente revolucionaria en su concepción, cuyo objetivo supremo (antes conocido con el nombre técnico de “objetivo político”) ya no es político, sino social, puesto que trata de derribar el orden social existente y sustituirlo por otro, el del comunismo.

En tercer lugar, por haber cundido en todas partes del mundo la convicción de que la guerra –aún en su forma clásica antigua- es un trato violento entre sociedades, un hecho social y que, como tal, no puede escapar al dominio de la sociología.

(...) el estudio del sector militar de la sociedad se impone hoy en sociología, 1º) por constituir aquel un verdadero grupo social; 2º) por el papel notorio que van desempeñando los militares en muchas sociedades actuales del Occidente y Oriente; 3º) por la aparición de una nueva forma de guerra, y 4º) por ser la guerra sin duda un hecho social.¹¹

Al año siguiente, en agosto de 1965, la interesante opinión que expresa el Comodoro (R) Juan José Güiraldes en una entrevista para la revista *Confirmado*, se atreve a profundizar con mayor audacia la *misión* para la que se sienten llamadas las Fuerzas Armadas argentinas:

“Confirmado. -¿Se justifica el derrocamiento del gobierno en estos momentos?

Güiraldes. –Sí. (...) Un derrocamiento al servicio de un gran propósito nacional, que es el poner el país en marcha a tono con la época en que vivimos. (...) [el] Ejército que conoce no sólo los problemas específicos y sus soluciones técnicas, sino también la política de cosas que es necesario acometer en la Argentina para sacar al país de su actual postramiento (sic). (...)

Como ya he dicho, los argentinos atravesamos por una tremenda crisis anímica. (...) Éste no es el momento de preguntarle a la ciudadanía lo que hay que hacer, sino de decirle lo que tiene que hacer para no sucumbir.

Confirmado. -¿No es una actitud aristocrática?

Güiraldes. –Es la función de todo grupo enrolador, de toda élite. Desde que el hombre es hombre, son minorías las que han encarnado las apetencias de la comunidad que representan. Cuando lo hacen al servicio de sus propios intereses son oligarquías. Cuando lo hacen interpretando las apetencias de la comunidad, entonces son clase dirigente.”¹²

2. *Onganía, la Revolución Argentina y los tecnócratas locales:*

¹¹ Rattenbach, B. 1964, pp. 5/25.

¹² Confirmado, 26 de agosto de 1965.

El Ejército, reorganizado tras los enfrentamientos de 1962 y 1963 bajo la conducción del líder de la triunfante facción azul, general Juan Carlos Onganía, decidió llegada la hora de retornar, como actor principal, al escenario político. Una Junta Militar Revolucionaria constituida por los jefes de las tres armas destituyó al presidente Illia el 28 de junio de 1966, emitiendo en su proclama los que, según expresaban, eran objetivos imperiosos:

“En la ciudad de Buenos Aires, Capital de la República Argentina, a los 28 días del mes de junio del año 1966, reunidos el comandante en jefe del Ejército, teniente general D. Pascual A. Pistarini, el comandante de Operaciones Navales, almirante D. Benigno I. Varela, y el comandante en jefe de la Fuerza Aérea, brigadier mayor D. Teodoro Álvarez, proceden a realizar un último y exhaustivo análisis de la situación general del país, como así también de las múltiples causas que han provocado la dramática y peligrosa emergencia que vive la República. Ese examen pone de manifiesto que la pésima conducción de los negocios públicos por el actual gobierno, como culminación de muchos otros errores de los que le precedieron en las últimas décadas, de fallas estructurales y de la aplicación de sistemas y técnicas inadecuados a las realidades contemporáneas, han provocado la ruptura de la unidad espiritual del pueblo argentino, el desaliento y el escepticismo generalizados, la apatía y la pérdida del sentir nacional, el crónico deterioro de la vida económico-financiera, la quiebra del principio de autoridad y una ausencia de orden y disciplina que se traducen en hondas perturbaciones sociales y en un notorio desconocimiento del derecho y de la justicia. Todo ello ha creado condiciones propicias para una sutil y agresiva penetración marxista en todos los campos de la vida nacional, y suscitado un clima que es favorable a los desbordes extremistas y que pone a la Nación en peligro de caer ante el avance del peligro colectivista. Esta trágica realidad lleva ineludiblemente a la conclusión de que las fuerzas armadas, en cumplimiento de su misión de salvaguardar los más altos intereses de la Nación, deben optar, de inmediato, las medidas conducentes a terminar con este estado de cosas y encauzar definitivamente al país hacia la obtención de sus grandes objetivos nacionales.”¹³

Como se desprende del documento, dos peligros fundamentales acechaban a la nación argentina y los militares tenían la *misión* de conjurarlos: el *caos democrático* por una parte y el comunismo que en él fructificaba, por otra. Para lograrlo, la Junta, autodenominándose *Revolución Argentina*, disolvió el Congreso, dispuso la separación de los miembros de la Suprema Corte, la destitución de autoridades provinciales y municipales y nombró como presidente de la Nación al general Onganía. Así describió el golpe Carlos A. Floria, para la revista *Criterio* en 1982:

“Los argumentos se encuentran en el Mensaje de la Junta revolucionaria dado el 28 de junio y publicado en los diarios del día siguiente. Los militares descubrían que el gobierno radical había llegado al poder con <crédito de confianza ilimitado> pero habría caído en un electoralismo que estableció la opción como sistema. <La autoridad, cuyo fin último es la protección de la libertad, no puede sostenerse sobre una política que acomoda a su arbitrio el albedrío de los ciudadanos...> No existía convivencia civilizada –se decía- sino un <remedo> de ella que significaba al cabo un <agravio a la inteligencia, la seriedad y el buen sentido>. Anarquía larvada, electoralismo, inflación y estatismo [...] Eso, más una imagen exterior penosa, constituían según los autores los rasgos dominantes de un cuadro político, económico y social que justificaba ese acto revolucionario, decidido con <el único y auténtico fin de *salvar a la República*...> La transformación y la modernización eran expresiones que resumían los objetivos de la decisión militar. Esta eliminaba la <falacia de una legalidad formal y estéril>.”¹⁴

¹³ *Acta de la Revolución Argentina*, sancionada el 28 de junio de 1966; Boletín Oficial, 8 de julio de 1966.

¹⁴ Floria, en *Criterio* p. 715/716

En sus comienzos el régimen autoritario fue recibido con un consenso amplio, que involucraba variados sectores de la sociedad y no pocos partidos políticos, pero fundamentalmente se entusiasmaron *tecnócratas* provenientes de las dos fuerzas ideológicas principales –liberales y nacionalistas-, aunque el espectro era más variado que el que puede definir esta dicotomía. Había una coincidencia generalizada en rechazar el sistema de partidos vigente y en la necesidad de que el nuevo gobierno proscribiera la actividad política por un tiempo, sin plazo definido; en esa coyuntura, acordaban en que los partidos y las elecciones sólo podían ser factores de desorden que conspirarían contra las transformaciones que la revolución debía llevar a cabo, especialmente para el desarrollo económico. En concordancia con ello, el presidente Onganía dispuso la disolución de los partidos políticos y traspasó al Estado los bienes que poseían con el argumento de que la revolución y la nueva etapa que con ella se iniciaba eran irreversibles y daban inicio a una nueva era. Así lo expresaba en los *Objetivos de la Revolución*, en el Boletín Oficial:

I- Objetivo general

Consolidar los valores espirituales y morales, elevar el nivel cultural, educacional, científico y técnico; eliminar las causas profundas del actual estancamiento económico, alcanzar adecuadas relaciones laborales, asegurar el bienestar social y afianzar nuestra tradición espiritual inspirada en los ideales de libertad y dignidad de la persona humana, que son patrimonio de la civilización occidental y cristiana; como medios para restablecer una auténtica democracia representativa en la que impere el orden dentro de la ley, la justicia y el interés del bien común, todo ello para reencauzar al país por el camino de su grandeza y proyectarlo hacia el exterior.

(...)

II- Objetivos particulares

B. En el ámbito de la política interna

- 1) Promover un espíritu de concordia, de solidaridad y de tolerancia entre los argentinos; restaurar en el país el concepto de autoridad, el sentido del respeto a la ley y el imperio de una verdadera justicia en un régimen republicano en el que tenga plena vigencia el ejercicio de las obligaciones, derechos y libertades individuales.
- 2) Promover la consolidación de una cultura nacional inspirada esencialmente en las tradiciones del país, pero abierta a las expresiones universales propias de la civilización cristiana occidental de la que es integrante.

C. En el ámbito de la política económica

- 1) Eliminar las causas profundas que han conducido al país a su estancamiento actual.
- 2) Establecer bases y condiciones que hagan factible una gran expansión económica y un auténtico y autosostenido desarrollo mediante la utilización plena, al más elevado nivel de rendimiento posible, de los recursos humanos y naturales con que cuenta el país.
- 3) Asegurar el acceso a la disponibilidad de mayores bienes y servicios de todos aquellos que estén dispuestos a realizar un sostenido esfuerzo para obtenerlos; con la finalidad última de procurar a los habitantes de la República la mayor libertad, prosperidad y seguridad compatibles con el orden, la disciplina social y las posibilidades reales del país.¹⁵

Estos objetivos se plasmarían según un esquema que transitaría por *tres tiempos*; el primero sería el “tiempo económico”, en el que surgirían cambios estructurales, consagrados a sacar al país del desorden económico, librándolo de la ineficiencia, la inflación, el estatismo, como condiciones necesarias para el *despegue* a través del desarrollo industrial que permitiría la grandeza de la nación argentina. Un segundo tiempo, cuyo momento de ejecución quedaba

¹⁵ Boletín Oficial, 19 de julio de 1966.

nebuloso, sería el “tiempo social”, destinado a la distribución de la riqueza acumulada en la primera etapa, eliminando los conflictos sociales y organizando la participación de la comunidad argentina en su conjunto. Finalmente, y como corolario de esas transformaciones, llegaría el “tiempo político”, en un futuro aún más indeterminado y difuso, que abriría las puertas a una sociedad con capacidad para protagonizar un momento institucional diferente, en el que los viejos antagonismos se hubiesen superado.

En este esquema temporal se manifestaba la marcada tendencia a la planificación –propia de su tiempo- unida a la necesidad de controlar cualquier expresión de imprevisibilidad que pudiese surgir de la sociedad; lo que surgía era una suerte de culto a la modernización combinado con la preocupación por la amenaza ante lo imprevisto que ponían de manifiesto dos realidades que se retroalimentaban: la definición militar de la realidad y la definición tecnocrática de la misma. En concordancia con ello se estableció el “Sistema Nacional de Planeamiento y Acción para la Seguridad Nacional” y la creación del Consejo Nacional de Seguridad (CONASE), que debía coordinar su actividad con el ya existente Consejo Nacional de Planeamiento (CONADE). Al frente del CONASE, Onganía designó al general Osiris Villegas, reputado como uno de los intelectuales del ejército y teórico de la guerra antirrevolucionaria; mientras se desempeñó como secretario del organismo, escribió un extenso trabajo, *Políticas y Estrategias para el Desarrollo y la Seguridad Nacional*, dos de los conceptos básicos del régimen iniciado en 1966, que el propio autor explica:

“Para la República, el desarrollo se convierte en la hora actual, en condición indispensable para la seguridad; porque el desarrollo proporciona los factores con que se actúa en la protección de los intereses vitales de la Nación. La armonía social, de la que depende el orden interno, está condicionada, entre otros elementos, a una justa distribución de la riqueza, sólo posible cuando existen las condiciones ambientales necesarias para crear dicha riqueza, lo cual es más fácil, si el país tiene desenvueltas sus aptitudes y capacidad para lograr sus decisiones fundamentales, contener los embates de otros países, cuando no de grupos privados internacionales –de intereses o de ideologías- que tienen posibilidades de poner a su servicio importantes factores internos y/o externos de poder.

El logro de estas irrenunciables exigencias de desarrollo y seguridad requiere, como condición necesaria, la existencia de una firme y compartida voluntad de cambio, para superar anacrónicas estructuras políticas, sociales y económicas que, oponiéndose a la realización de un país moderno y pujante, han conducido a su prolongado estancamiento.

Esta voluntad de cambio debe ser completada con un análisis objetivo de las circunstancias de lugar y tiempo que conforman nuestra realidad particular, actual y pronosticable, como parte de un mundo interrelacionado y que permita elaborar soluciones adecuadas a nuestro ser nacional.

La República, para realizar sus objetivos de seguridad, frente a cualquier forma potencial de agresión, necesita desenvolver y canalizar fuerzas creadoras, que se conviertan en el prerrequisito de una respuesta adecuada a los desafíos crecientes de un mundo en transformación.”¹⁶

Una vez neutralizados los partidos políticos sin grandes protestas ante la prohibición de su existencia y la confiscación de sus bienes, entraron en una suerte de reposo, alterado sólo de vez en cuando por esporádicas declaraciones de algunos dirigentes. Por breve tiempo fueron las universidades las que se situaron como focos de protestas y reclamos y concentraron la oposición al nuevo régimen. Sin embargo, ya estaban señaladas como núcleos de subversión e indisciplina; así lo ratifica Raúl L. Cardón, uno de los autores de *La Revolución Argentina*:

“*La reforma educativa.* La reforma del sistema educativo y la corrección de las fallas del aparato que lo sirven, constituye uno de los problemas más graves y urgentes de la Argentina. La restauración o implantación del sentido del orden, de la responsabilidad, del deber hacia la comunidad; la difusión de un sentimiento nacional sano y actuante, que se nutre no sólo de la veneración del pasado o del amor a la tierra, sino también de la confianza en la Nación y de la convicción de

¹⁶ Villegas. 1970. p. 109

que ella tiene una papel en el mundo y en la historia, han de ser, en buena medida, obra de la educación. (...)

(...) En cuanto a la reestructuración y modernización de la enseñanza media, y la corrección de las fallas del régimen universitario, son ya muchas y autorizadas las voces que señalan su imperiosa necesidad.¹⁷

La modernización y reestructuración de las universidades se llevó adelante eliminando la autonomía de esas casas de estudio, primero y, frente a las protestas de profesores y estudiantes, literalmente “a los palos” después, como lo testimonian los hechos de avasallamiento de los centros de estudiantes, las numerosas cesantías de docentes y expulsiones de estudiantes, culminando con la denominada “noche de los bastones largos”, en que el violento asalto a la UBA terminó con los golpes y arrestos a numerosos profesores u alumnos.

Sin embargo, varias entidades empresarias saludaron con beneplácito el nuevo orden, como por ejemplo la Acción Coordinadora de Instituciones Empresarias Libres (ACIEL), asociación ligada al pensamiento liberal que nucleaba a las corporaciones más poderosas del país –la Sociedad Rural, la Cámara Argentina de Comercio y la Unión Industrial Argentina-. Poco después del golpe, en una muestra industrial que se inauguró en Palermo hacían referencia a la “nueva esperanza” que se habría para el progreso argentino, proclamaban su fe en la “nueva hora nacional”¹⁸ y justificaban la destitución del gobierno de Illia.

A diferencia de estas organizaciones, la respuesta del sindicalismo al nuevo gobierno fue más inestable; desde un principio manifestaron beneplácito con el derrocamiento de los radicales y pareció que daban su beneplácito a la Revolución Argentina, pero luego tuvieron posiciones encontradas con la intervención y cierre de ingenios azucareros en Tucumán y con el reordenamiento del trabajo portuario, proclamando que se iniciaría un “plan de lucha”; el gobierno declaró subversiva la huelga general dispuesta para el 1º de mayo de 1967 e intervino varios sindicatos, entre ellos el de los metalúrgicos, de donde provenía el principal líder sindical, Augusto Vandor.

Si bien el gobierno reafirmó su lugar luego de estos primeros embates, uno de los principales funcionarios de Onganía, Roberto Roth, se refería así a los primeros meses y a los cambios que se produjeron:

“La gente había esperado más del Gobierno. Esto fue haciéndose notar cada vez más durante los últimos meses de 1966. Las críticas se centraban en Salimei y Martínez Paz, pero carcomían la base de poder del mismo Onganía. (...)

En los primeros días de diciembre (...) me confió su secreto: iba a cambiar de gabinete. (...)¹⁹

Los años de mayor estabilidad del régimen transcurrieron entre marzo de 1967 y marzo de 1969 en los que la vida política nacional quedó sometida a las iniciativas del régimen y a la actuación de sus diferentes líneas, tanto en las esferas de gobierno como en las Fuerzas Armadas. Los liberales aplaudieron y vivieron como un triunfo la llegada de Adalbert Krieger Vasena al Ministerio de Economía, por lo que apoyaron expresamente su plan de estabilización y desarrollo, aunque no respondiese estrictamente a la ortodoxia liberal.

“El cambio de ministros se hizo sobre el filo del año nuevo. Martínez Paz fue reemplazado por Guillermo A. Borda, el mejor jurista del país. Para la vacante de Salimei *La Nación* daba como candidatos a Krieger Vasena, Martínez de Hoz y Roth. Estaba en ilustre compañía, pero en realidad había un solo candidato. Lo pedían la banca y el comercio, la industria y el campo, los libreempresistas y nacionalistas.

Adalbert Krieger Vasena fue el más capaz de los ministros que tuvo Onganía.”

El plan del Ministro se ajustaba a la doctrina económica clásica pero no se apartaba de los que habíamos ensayado varias veces sin éxito. Podría argumentarse en favor de él que contaría con un elemento que había faltado a los

¹⁷ Cardón, en Puigbó. 1966. pp. 27/29.

¹⁸ *La Nación*, 7 y 14 de julio de 1966.

¹⁹ Roth, 1981. p. 129/130

anteriores: un panorama sindical tranquilo; la ausencia de presiones políticas importantes.”²⁰

El otro grupo fuerte dentro del régimen, los nacionalistas, tenían sus propios enclaves en otras áreas de la administración y habían incorporado los conceptos de modernización e industrialismo a su clásico repertorio de críticas al individualismo liberal, y apología de la autoridad, el orden y la unidad. Proyectaban corregir las insuficiencias de la democracia representativa mediante la creación de nuevas instituciones como consejos que dieran representación a determinados grupos de interés y órganos de participación comunitarios, pero sin la intervención de partidos políticos. Fundamentalmente para este sector la España franquista parecía un modelo a imitar, ya que reunía los atributos de un sistema autoritario y una política económica orientada al desarrollo. Coincían con los liberales en la oposición a todo apresuramiento que perturbase el “tiempo económico” y en que el reordenamiento debía estar encabezado por destacados *tecnócratas*. Así lo expresa Alberto Castells en la *Revolución Argentina*:

“El sistema político revolucionario se halla investido de legitimidad formal (...) Encarna la realidad moral y material de un proceso consumado y se proyecta dinámicamente en busca de su legitimidad material y real, en la sustantividad de un gobierno moderno, eficaz y tendido al porvenir, donde no habrá lugar para los mecanismos retardatarios del pasado. (...)

Politicólogos y juristas deben contribuir a estabilizar en una fórmula propia la actual estructura de poder y preparar para un futuro cercano el proceso institucional que contribuya a dar una postergada felicidad a nuestro pueblo. Politicólogos y juristas deben también asociarse al cambio, con sacrificio y actitud de servicio, en la seguridad de que *el futuro será inexorablemente el resultado del esfuerzo común de todos los argentinos de hoy*. (...)

(...) *Propiciar un nuevo mundo más cristiano y más humano* es invitar a los argentinos al desarraigo del falso orgullo, de la ambición que apasiona, del apego a las realidades materiales, optando por aquellas vivencias y maneras de ser que elevando el espíritu nos protejan de los vicios que podrían sobrevenir.”²¹

En abril de 1968 un discurso del ministro Borda en el que refrendaba la concepción y los objetivos nacionalistas del régimen, estuvo a punto de desencadenar una crisis por la oposición que generó en los sectores liberales; dentro del ejército la ofensiva liberal fue encabezada por el Comandante en Jefe del arma, general Julio Alsogaray. El presidente logró dominar la situación y unos meses después desplazó al oficial reemplazándolo por el general Alejandro A. Lanusse, probadamente antiperonista pero también del sector “azul” del ejército, lo que fue bienvenido por los liberales.

Hasta los primeros meses de 1969 el país parecía atravesar un período de tranquilidad, a la que contribuía no poco la división de la CGT en la que gravitaban dos bandos antagónicos; uno de ellos encabezado por el líder del sector opositor al gobierno, Raimundo Ongaro –llamado CGT Paseo Colón o CGT de los Argentinos–; el otro sector era la CGT Azopardo, cuyo dirigente máximo, Augusto Vandor, se oponía a un choque frontal. Esto parecía otorgarle al régimen un amplio margen para administrar la paz social, de tal forma que en marzo de 1969 Onganía anunció que el “tiempo social” estaba por comenzar.

Sin embargo, en dos meses, el descontento oculto contra el sistema autoritario, afloró con una magnitud impensada: en mayo de 1969 manifestaciones estudiantiles en Corrientes y en Rosario terminaron con el saldo de estudiantes muertos por la dura represión; el 29 de ese mes estalló en Córdoba la revuelta de obreros y estudiantes que luego se conocería como “Cordobazo” y en la que los enfrentamientos con la policía y el ejército arrojaron veinte muertos.

Estos hechos marcaron el comienzo del fin para el régimen de Onganía, quien –tal como había ocurrido con Illia– fue destituido en junio de 1970 por una junta conformada por los jefes de las tres armas que nombraron presidente al general Roberto M. Levingston.

²⁰ *Íbidem*, p. 131/134

²¹ Castells, en Puigbó. 1966. pp. 115/131.

Conclusiones.

Con respecto al caso Argentino, debemos señalar importantes diferencias que lo alejan de la evolución que transitó España. Por una parte, la Argentina de mediados de los '50 no emergió de una guerra civil; si bien el gobierno iniciado con la denominada *Revolución Libertadora* dio inicio a una dictadura autoritaria y represiva, no alcanzó los niveles de violencia y agresividad de la primera etapa del franquismo. El derrocamiento de Perón contribuyó de manera indirecta a generar una nueva dinámica: la redistribución regresiva del ingreso permitió un descenso de los costos, pero el centro de atención era la superación del déficit comercial por medio de la expansión de las exportaciones agropecuarias, con lo cual los problemas industriales pasaban a un segundo plano y se veían agravados por la evolución desfavorable de los precios relativos y por medidas específicas, como los cortes programados de energía eléctrica.

Con la llegada del desarrollismo, de la mano del denominado *plan Prebisch*, primero, y a fines de los '50 con el binomio Frondizi/Frigerio, se volvió a manifestar explícitamente un proyecto industrialista, que tenía como clave del desarrollo económico el avance hacia una nueva estructura industrial. El desarrollismo cuestionaba la dirección seguida por la evolución industrial en el pasado, que apuntaba a sustituir importaciones iniciando el proceso con los bienes de consumo y avanzando luego en la cadena productiva, a partir de la creación de una demanda interna de determinados bienes industriales. Según este esquema, el desarrollo debía comenzar por las industrias de base (acero, petroquímica, energía, metalmecánica, transportes), para evitar la dependencia de los insumos y las maquinarias importadas y sortear el intercambio desigual. Este punto era clave para el desarrollismo, porque sostenían que de esta manera podrían superar el bloqueo del proceso de acumulación de capital que padecía la Argentina por su estructura económica "deforme" e incompleta. Como no podía producirse un desarrollo industrial espontáneo debido a los costos iniciales, la necesidad de una etapa de aprendizaje y los intereses vinculados a la importación de esos bienes, se instrumentó un conjunto de herramientas, entre las que sobresalieron el establecimiento de altos aranceles aduaneros y la sanción de una ley de promoción industrial que apuntaban a la protección industrial local frente a la competencia de las importaciones y al estímulo de las exportaciones. Se apuntó también a estimular el ingreso de capitales extranjeros, dado que la acumulación interna era demasiado débil para sustentar un proceso de desarrollo.

Las nuevas condiciones resultaron un poderoso atractivo para los empresarios del exterior: entre 1959 y 1962 se autorizaron radicaciones por un valor de quinientos millones de dólares, que abarcaban casi todo el espectro industrial. A pesar de la magnitud de las inversiones, dichas empresas no generaron un impacto significativo sobre el volumen del empleo, ya que las nuevas plantas sólo incorporaron unas sesenta mil personas, algo más del 40 % del total de la industria. A partir de 1964, en concordancia con la política más reticente frente al capital extranjero de Illia, el ingreso de inversiones disminuyó de manera notable, mientras las salidas en concepto de remisión de utilidades e intereses crecieron hasta superar cuantitativamente el flujo de inversiones. La expansión de las transnacionales marcó virtualmente el ritmo de la expansión industrial hasta los primeros años de la década del '60. Sin embargo, de a poco comenzó a estimular también a una parte del empresariado nacional, que aceptó el desafío de expandirse con nuevos proyectos de inversión. El nuevo impulso contribuyó a producir una transformación del sector, que se prolongó a lo largo de la década siguiente. Los cambios pudieron apreciarse en diversos indicadores, entre los que se destaca el crecimiento de la producción industrial dentro de la estructura del PBI, que se elevó de menos de 30 % en 1955 a casi un 34 % una década después.

Los primeros meses de la *Revolución Argentina* representaron un período orientado a actuar con fuerza en lo político, como ya señalamos, para allanar el camino a la implementación del programa económico. Para el gobierno de Onganía, los objetivos de alcanzar el "orden" que condujera al progreso económico y social debían ser aplicados de manera gradual. No se trataba pues, de instrumentar un plan político y económico de transición, sino de la articulación de una serie de objetivos de largo plazo que serían ejecutados por ese nuevo gobierno. Bajo esos lineamientos, como fase previa a la formulación e implementación de un programa económico, era necesario tomar una serie de medidas que "disciplinaran" el espectro político y social, para consolidar la alianza que demandaría la ejecución del plan económico. En síntesis, en la concepción del General Onganía y su entorno estaba presente la idea de que era preciso instalar un gobierno "fuerte" para que, bajo su mando, se pudiera completar el proceso de industrialización comandado por el capital extranjero. Como vimos, las desavenencias durante el ministerio de Salimei terminaron con un

cambio de gabinete y un marcado estancamiento del PBI a fines del año 1966 –creció sólo un 0,7 % con respecto a 1965-, las inversiones extranjeras directas ascendieron a sólo 2,5 millones de dólares y la leve devaluación no logró mejorar la balanza de pagos.

La llegada al ministerio de economía de Krieger Vasena estuvo acompañada por una serie de medidas orientadas a implementar un plan de estabilización que pretendía realizar una redistribución de recursos destinada a evitar la transferencia de ingresos de un sector a otro; los resultados morigeraron las pujas entre el empresariado industrial y los terratenientes, pero tuvieron consecuencias negativas sobre los ingresos de los trabajadores. El plan implementado desde enero de 1967 incluyó una devaluación del 40 % del peso que apuntaba a la atracción de capital extranjero. A su vez desalentaba las importaciones y trataba de colocar a la industria nacional en una posición más competitiva, contemplando también la institución de incentivos fiscales para promover la inversión industrial y alentar la expansión de exportaciones no tradicionales.

Por último, se instrumentaron medidas fiscales y de racionalización en el sector público, con aumentos en las tarifas de servicios públicos, incrementos impositivos sobre las ventas y las propiedades y la reducción y/o redistribución del empleo público a la vez que se congelaban los salarios. Con estas medidas los principales beneficiados fueron el Estado y los capitales extranjeros. Si bien los movimientos redistributivos no fueron bruscos en promedio, la evidencia indica que se redujo el ingreso de los asalariados, a la vez que crecieron las ganancias empresariales. Y si en Washington se lo aclamó como uno de los más exitosos en su momento, el estallido del Cordobazo demostró que varios sectores de la sociedad argentina no opinaban lo mismo; un nuevo cambio en el ministerio de economía con la asunción de José María Dagnino Pastore, no significó un cambio de plan económico y como ya señalamos, al poco tiempo le siguió el derrocamiento de Onganía que, producido en un contexto de exacerbación del conflicto social y distributivo, marcó el fin de esta etapa.

Por último, como corolario del trabajo podemos reafirmar lo que enunciáramos en la Introducción: el franquismo constituyó un camino paradigmático para muchos sectores de la dirigencia argentina, especialmente entre la cúpula del Ejército y algunas élites dirigenciales, procedentes tanto de corrientes del liberalismo como del nacionalismo. Si bien existieron grandes diferencias, tanto de las estructuras previas, como de las coyunturas circunstanciales, muchos de los considerados “éxitos” del modelo español de los años '60, tuvieron acogida entre esas élites y constituyeron un poderoso atractivo como modelo.

Bibliografía:

- ALTAMIRANO, Carlos. 2001, *BAJO EL SIGNO DE LAS MASAS (1943 – 1973)*. Buenos Aires. Ariel Historia.
- BOLETÍN OFICIAL DE LA REPÚBLICA ARGENTINA, 8 de julio de 1966.
- CASTEX, Mariano. 1981. *EL ESCORIAL DE ONGANÍA*. Buenos Aires, Hespérides.
- CISNEROS, A. y ESCUDÉ, C. 2000. *HISTORIA GENERAL DE LAS RELACIONES EXTERIORES DE LA REPÚBLICA ARGENTINA*. (versión digitalizada) Buenos Aires, GEL.
- FLORIA, C. *El Régimen militar y la Argentina Corporativa*. En: revista *Criterio*. 24 de diciembre de 1982.
- FRANCO SALGADO-ARAUJO, Francisco. 1976, *MIS CONVERSACIONES PRIVADAS CON FRANCO*. Barcelona, Planeta.
- GRANILLO FERNÁNDEZ, A. Coronel. 1964, *DEMOCRACIA Y COMUNISMO*. Tomo V. Buenos Aires, Círculo Militar.
- POTASH, Robert. 1994. *EL EJÉRCITO Y LA POLÍTICA EN LA ARGENTINA*. 1962-1973. 2 tomos. Buenos Aires, Sudamericana.
- PUIGBÓ, Raúl y otros. 1966. *LA REVOLUCIÓN ARGENTINA. Análisis y Prospectiva*. Buenos Aires, De Palma.
- RAPOPORT, Mario y otros. 2001. *HISTORIA ECÓNOMICA, POLÍTICA Y SOCIAL ARGENTINA*. Buenos Aires, Macchi.
- RATTENBACH, B. Teniente General (RE). 1964. *SOCIOLOGÍA MILITAR. Nuevos aportes para su estudio*. En: Revista del Círculo Militar, N° 671, Vol. 231/232/233, Año 64. Buenos Aires.
- REVISTA *Confirmado*. 26 de agosto de 1965.
- RODRIGUEZ JIMÉNEZ, José Luis. 1997, *LA EXTREMA DERECHA ESPAÑOLA EN EL SIGLO XX*. Madrid, Alianza.

- ROTH, Roberto. 1980. *LOS AÑOS DE ONGANÍA. Relato de un testigo*. Buenos Aires, La Campana.
- SABÍN RODRÍGUEZ, J. M. 1997, *LA DICTADURA FRANQUISTA. Textos y Documentos*. Madrid, Akal.
- SÁNCHEZ JIMÉNEZ, José. 1991, *LA ESPAÑA CONTEMPORÁNEA. T.III, De 1931 a nuestros días*. Madrid, Istmo.
- SAÑA, Heleno. 1982, *EL FRANQUISMO SIN MITOS. Conversaciones con SERRANO SÚÑER*. Barcelona, Grijalbo.
- TUÑÓN DE LARA , M. y BIESCAS, J. A. 1980, *ESPAÑA BAJO LA DICTADURA FRANQUISTA. (1939 - 1975)*. HISTORIA DE ESPAÑA , T. X. Barcelona, Labor.
- TUSELL, Javier. 2005, *DICTADURA FRANQUISTA Y DEMOCRACIA, 1939-2004*. Barcelona, Crítica.
- VILLEGAS, Osiris. 1970. *POLÍTICAS Y ESTRATEGIAS PARA EL DESARROLLO Y LA SEGURIDAD NACIONAL*. Buenos Aires, Pleamar.